

# La fuerza de la verdad, fuerza del Espíritu

---

*Manuel Díaz Mateos, s.j.*



Juan y Lucas pueden ser llamados con propiedad evangelistas del Espíritu. Desde el punto de vista estadístico, Lucas lleva la precedencia, pues la palabra aparece 36 veces en su evangelio y 24 en el de Juan. Sin embargo, por muchas razones, Juan elabora mejor el tema del Espíritu: es más trinitario en la presentación que hace, deja más clara la relación entre Cristo y el Espíritu y le aplica títulos que sólo encontramos en su evangelio, en

textos que anuncian la venida del Espíritu sobre los discípulos. De este modo Juan clarificará lo que hace el Espíritu en la vida de la Iglesia.

Para presentar algo de esta riqueza teológica nos fijaremos en los cinco textos de los discursos de despedida de Jesús en los que promete el Espíritu a los suyos. Estos textos son los siguientes:

1) Jn 14,15-17

2) Jn 14,26

3) Jn 15,26-27

4) Jn 16,7-11

5) Jn 16,13-14

Pero comenzaremos por situar los textos en el contexto de la cena y de la despedida de Jesús para una mejor comprensión de los mismos.

## **1. La hora de Jesús y la hora del discípulo**

Juan presenta una visión de la última cena de Jesús porque nos narra el lavatorio de los pies y lo acompaña de unas instrucciones de Jesús a los suyos que abarcan cinco capítulos en total (Jn 13-17).

Estamos al final de su vida, toda ella marcada por la "hora", el momento hacia el que converge toda su actividad y misión. Ya desde Caná se nos informa que todavía no había llegado su hora (Jn 2,4) y en numerosas ocasiones se anota que no pudieron hacer nada contra Jesús "porque no había llegado su hora" (Jn 7,30; 8,20). Su hora no la deciden sus hombres, sino Dios y para esa hora ha venido al mundo (Jn 12,27). Es la hora de la fidelidad a la misión confiada: mostrar al mundo el amor al Padre y el amor del Padre al mundo (Jn 14,31). Por eso con la cena comienza la hora final, la etapa decisiva que es introducida por Juan con estas palabras solemnes: "Sabiedo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el final" (Jn 13,1).

Es el final de la vida de Jesús, final de la misión, y Juan quiere presentarle a su Iglesia, como modelo de coherencia con la verdad, testigo de la verdad que aprendió de Dios (8,40 y 18,37), una verdad que da vida al mundo porque testifica el amor de Dios al mundo. Al comienzo de su vida, Jesús había declarado a sus discípulos "mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (Jn 4,34), y al final puede desahogarse confiadamente ante el Padre diciendo "he realizado la obra que me encomendaste" (17,4) y proclamar ante el mundo entero "todo está cumplido" (19,30). Los discursos de despedida explican esta obra de Jesús realizada en fidelidad a la hora que el Padre le ha señalado para dar vida al mundo (Jn 17,2 y 5,26).

En este contexto se sitúan las instrucciones a los discípulos a la hora de la cena y los textos sobre el Espíritu. Lo que Juan tiene en mente es sobre todo la hora del discípulo, hora de la Iglesia, llamada a compartir la misión de Cristo en el mundo. Los discípulos no son del mundo, pero Jesús no los saca del mundo porque tienen que cumplir en él una misión, recibida del Padre y de Jesús, en favor del mundo: ser testigos de un Dios que amó al mundo y envió a su Hijo para salvar el mundo. De todos es sabido que Juan juega con diferentes sentidos de la palabra mundo: el universo, la humanidad a la que Dios ama y las fuerzas organizadas del mal que odian la verdad y matan a los testigos de la verdad, porque las obras que hacen "son perversas" (Jn 3,19 y 7,7). Los discípulos son parte de ese mundo amado por Dios y viven en el universo que Dios ha creado, pero están llamados a ser testigos, como Jesús, de un mundo diferente; no el mundo de la mentira que mata, sino el de la verdad que da vida.

Lo que Juan tiene en mente es sobre todo la hora del discípulo, hora de la Iglesia, llamada a compartir la misión de Cristo en el mundo.

Los discursos de despedida a la hora de la cena tienen en cuenta no sólo el tiempo de Jesús, sino sobre todo el tiempo de la Iglesia, tiempo de persecución y de conflicto con el mundo y con la sinagoga cuando, como les advierte Jesús, los que les quiten la vida "pensarán que dan culto a Dios" (16,2). La tentación entonces es la de preguntarse:

¿vale la pena seguir creyendo? ¿Será capaz el discípulo de hacer suyas las palabras de Jesús ante su hora? "Ha llegado la hora y me siento turbado, pero ¿voy a decir: Padre, líbrame de esta hora? Pero si para esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre" (12, 23.27-28). En estos discursos Jesús trata de levantar el ánimo de los suyos para mantenerlos en la fidelidad. Es una palabra de aliento frecuentemente repetida: "No se turbe el corazón" (14,1.27), "no los dejaré huérfanos" (14,18), "en el mundo tendrán dificultad, pero tengan ánimo; yo he vencido al mundo" (16,33).

En la misma línea de exhortación a la fidelidad cabría interpretar otras frases de la oración sacerdotal de Jesús que forman partes de los discursos de despedida. La frase "Padre santo, guárdalos en tu nombre" (17,11) y la otra, más rica y más compleja, "santifícalos en la verdad" (17,17), pero que bien podrían traducirse "conságralos o afiánzalos en la fidelidad -verdad-". Se trata de mantenerlos en la verdad que es Cristo con la misma fidelidad a la misión de Cristo, que es también misión del discípulo. La expresión "que todos sean uno" no se refiere a una unión puramente espiritual y doctrinal, aunque puede incluirlas. Se trata de mantener a toda la Iglesia comprometida en la misma misión y en la misma fidelidad, como Cristo.

La palabra de aliento de Jesús se ve reforzada con la promesa de una presencia, la del Espíritu, que tendrá una doble función que cumplir en la Iglesia. Una hacia dentro, enseñando, guiando a la Iglesia, y otra hacia afuera, fortaleciendo a la Iglesia para el testimonio y la fidelidad. Podemos decir que en estos discursos se presenta la hora de Jesús, testigo, como modelo de la Iglesia, comunidad de testigos, con la gran seguridad de una presencia confortadora, la del Espíritu. Este es el contexto de los cinco textos en los que Juan explica la obra del Espíritu en la Iglesia. Digamos algunas palabras sobre ellos.

## 2. El otro paráclito

### a) "Estará siempre con ustedes" (*Jn 14,15-17*)

Señalemos en primer lugar el contexto de este primer texto sobre el Espíritu. Todo el capítulo 14 se mueve en una doble perspectiva. Por un lado, el aliento que Jesús quiere comunicar a los suyos, a mantener la fe y no perder la calma ("no se turbe su corazón, crean en Dios y crean en mí": 14,1). Por otro lado, la certeza de no dejarlos solos ni huérfanos porque su ida no es definitiva ("vuelvo con ustedes": 14,18). Su ida es para regresar trayéndonos definitivamente la presencia del Padre y del Hijo por el Espíritu. Es decir, con su ida y su regreso, con su misterio pascual, nos asegura definitivamente la comunión con Dios ("Yo en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes": 14,20, y "vendremos a él y moraremos en él": 14,23).

Otro aspecto importante de este contexto es la referencia a "las obras", tema fundamental en este evangelio, porque son las obras las que han hecho creíble la palabra de Cristo como enviado del Padre. El Padre permanece y realiza sus obras en el Hijo (v. 10-11) y el Padre permanece y realiza las obras en el cristiano (v. 12), incluso "obras mayores", llega a decir el texto. Mayores no porque hagamos milagros más espectaculares, sino porque la obra de Dios de dar vida y de salvar al mundo llega a su plenitud a través de nuestra incorporación a Cristo. Y esa obra es encargada ahora al creyente para que continúe la obra de Cristo. En ese contexto se habla del Espíritu, porque el mismo dinamismo mueve a Cristo, como testigo del amor del Padre al mundo, y mueve a los creyentes, encargados de prolongar su obra. Las obras revelan al Padre de Cristo, que es también nuestro Padre (20,17). El Padre, el Hijo y los hijos unidos por el mismo Espíritu y en el mismo compromiso frente al mundo. Nos une a todos el mismo aire de familia, el mismo proyecto y la misma preocupación.

En este contexto se entiende mejor la razón de la venida para que esté siempre con nosotros como fuerza para la obra encomendada. Se le llama "otro Paráclito" y "Espíritu de la Verdad". La expresión "otro Paráclito" está suponiendo que Cristo es el primer Paráclito (1 Jn 2,1), y que el Espíritu es prolongación de la presencia de Cristo con la misma función. ¿En qué consiste esta función?

*Parakletos* es un participio compuesto de la preposición *para* y el verbo *kaleo*, que significa "llamar junto a". De la misma raíz es la palabra *paraklesis*, con el significado de consolación, exhortación, ánimo, etc. El Espíritu es el "ad-vocatus", abogado, defensor, animador, protector, consolador, es decir, alguien que hace que nos sintamos solos, desanimados e indefensos. Un poco antes, en este discurso los discípulos han dicho a Jesús "muestráenos al Padre y esto nos basta" (v. 8), a lo que Jesús responde: "Quien me ve a mí ha visto al Padre". Puesto que el Espíritu es "otro Paráclito, les podría decir lo mismo ahora: "Quien me ve a mí ha visto al Espíritu". El Espíritu, que es todo don del Padre (v.15) y del Hijo (15,26), hace presente en nuestras vidas el amor de Dios manifestado en Cristo, que nos anima, consuela, dinamiza, protege.

No se trata de verdades o doctrinas que aprender, sino de designio de amor y de vida que realizar.

Este Espíritu es llamado también "Espíritu de la Verdad" (v. 17). Incluso se dice en otro texto que el Espíritu "es la verdad" (1 Jn 5,6). La verdad es un concepto fundamental para la comunidad cristiana. La Iglesia es "maestra de la verdad" y los obispos también, decimos. Y todos tendemos a identificar la verdad con una doctrina que hay que conservar en estricta pureza.

El Espíritu es la Verdad y produce vida. Por eso la verdad de la que hablamos no compromete sólo la inteligencia sino la persona toda. No se trata de verdades o doctrinas que aprender, sino de designio de amor y de vida que realizar. Es que la verdad de Juan está más cerca de la *emet* hebrea que de la *aletheia* griega; es, por eso, coherencia, fidelidad, firmeza, transparencia, honestidad y está personificada en el hombre que "construye su vida sobre roca" (Mt 7, 24). Está principalmente personificada en Cristo, verdad de Dios (14,6). Por eso la Verdad es un estilo de vida, como el de Cristo, quien vino para ser testigo de la Verdad (18,37) y todo El estaba "lleno de gracia y Verdad" (1,14), es decir, lleno de Dios, pues la expresión equivale a la definición de Dios en Ex 34,6. Pero Juan nos advierte que de "su plenitud hemos recibido todos" (Jn 1,16), como indicándonos que también nosotros debemos llenarnos de la gracia y de la verdad de Cristo y transparentar a Dios. Para cumplir esa tarea, permanece siempre junto a nosotros el Espíritu de la Verdad, el abogado insobornable del que podemos fiarnos porque es la verdad, defiende la verdad, saca a flote toda la fuerza salvífica de la verdad.

Reducir la verdad a una doctrina es la mejor manera de desnaturalizarla. Por eso la verdad de la que hablamos está también personificada en la figura del profeta. Aunque Juan no lo diga con estas palabras, el Espíritu de la Verdad es quien prepara a la Iglesia profética, es decir, la Iglesia de la verdad, de la audacia, de la libertad. Si queremos entender correctamente estas afirmaciones sobre la verdad es necesario tener presente el uso del término contrario en este evangelio, la mentira. Hay un príncipe de este mundo que es desde siempre "asesino y no se mantiene en la verdad" (8,44). Es decir, así como se asocia mentira y muerte, vida y verdad son también inseparables, como en Jesús, que es "la verdad y la vida". El profeta desenmascara la mentira del mundo con la proclamación de la verdad hecha estilo de vida.

Quizás la mejor manera de entender la estrecha relación entre vida y verdad es recurrir a la escena en que Jesús comparece ante Poncio Pilato y éste le pregunta: "¿Qué es la verdad?" (18,38), sin interesarle demasiado la respuesta. Pilato conoce parte de la verdad sobre Cristo (que es inocente) y por tres veces lo reconoce (18,38; 19,4.6), pero no da la cara por la verdad cuando quedan comprometidos los intereses de su carrera política. por eso sacrifica un inocente para mantenerse en el poder. Y lo mismo pasa con la multitud que pide la liberación de Barrabás o con Pedro, quien sabía la "doctrina" sobre Cristo, pero tampoco defiende la verdad y niega conocer a Jesús. En la verdad y en la mentira se juega la suerte de muchas personas inocentes y ahí están, en nuestra sociedad, para demostrarlo todos los desaparecidos, muertos o torturados y las numerosas comisiones de la verdad para investigar "a fondo", pero que nunca llegan a la verdad. ¿Para qué sirve la verdad de nuestros jubilados, reconocida por todos los tribunales, si no hay quien la respete o la haga respetar? ¿Cómo han reaccionado los cristianos, testigos de la verdad, ante estos hechos? En este contexto, las palabras del Papa pidiendo un examen de conciencia en la Iglesia cobran toda su actualidad: "¿Cómo no sentir dolor por la falta de discernimiento, que a veces llega a ser aprobación, de no pocos cristianos frente a la violación de fundamentales derechos humanos por parte de regímenes totalitarios? ¿Y no es acaso de lamentar, entre las sombras del presente, la corresponsabilidad de tantos cristianos en graves formas de injusticia y de marginación social?"<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> TMA 36, subrayado en el original.

La exigencia del discernimiento de nuestros comportamientos en el mundo es una exigencia de la fidelidad al Espíritu de la Verdad.

Los cristianos estamos llamado a ser, como Cristo, testigos de la verdad. Y para mantenernos en la vida y vivir la verdad de lo que somos para Dios será pertenecer al mundo de los que, dice san Pablo, "reprimen la verdad con injusticias" (Rom 1,18). La presencia del "abogado", consolador, está sugiriendo el contexto de un proceso del mundo contra Cristo y lo que son de que permanece con nosotros para cumplir con la tarea encomendada de manifestar el misterio de Cristo en nuestras vidas haciendo la verdad contagiando libertad y dando vida. El tema del proceso se explicitará en otros textos más adelante.

**b) "Enseñará y hará recordar todo" (Jn 14,26)**

Debemos repetirlo una vez más, no se trata de enseñar o recordar doctrinas. El Espíritu no enseñará verdades nuevas, pero es el gran intérprete de Jesús, porque nos ayuda a descubrir la novedad de Jesús para cada momento de la historia. Se trata de mirar a Cristo a la luz de la pascua y a la luz de nuestro presente, no como un personaje del pasado sino como alguien que vive y da vida para siempre. Es el desafío de descubrir la actualidad de Jesús para encarnar en la historia su palabra, su vida, su misión. Y para ello se necesita la ayuda del Espíritu de Cristo, porque, como dice san Pablo en otro lugar, "nadie puede decir Jesús es Señor" (1 Cor 12,3) si no es impulsado por el Espíritu.

Se dice también que el Espíritu nos "hace recordar". Pero no es un recordar hechos del pasado porque nos falla la memoria. Lo que falla es la inteligencia para descubrir las implicaciones del evangelio en el presente, al estilo de los profetas, que son siempre hombres del Espíritu y hombres que saben interpretar la realidad desde la perspectiva del designio de Dios. Es el Espíritu de Jesús quien nos unge como profetas y hace que el evangelio no sea letra muerta sino vida. El Espíritu nos hace recordar porque es la memoria viva de Jesús. Se nos da el Espíritu para que Jesús viva en nosotros y siga actuando en nuestra historia. Paradójicamente, si Jesús se va con el Padre es para volver con el Padre y el Espíritu a los hijos (v.20).

Por eso, junto con la ayuda del Espíritu, se habla también en este contexto de la herencia y la tarea del "príncipe de la paz", con lo que, en cierto modo, se retoma el tema de las obras. Les dice Jesús: "Mi paz les

dejo". El don del Espíritu es para la misión en el mundo. Por eso el don del Espíritu y el don de la paz van juntos (Jn 20,19.21.26). En este mundo, por fidelidad a Cristo, el discípulo debe ser testigo de su don: la paz. No de la paz del mundo sino, de la paz de Dios que es plenitud de vida y signo de la presencia del Reino que es "justicia, paz y gozo del Espíritu" (Rom 14,17). El don de la paz, así como el don del Espíritu, tiene resonancia escatológica, presencia ya en este mundo del mundo definitivo de Dios. Y el cristiano es testigo de ese doble don del Espíritu y de la paz.

**c) "Dará testimonio y ustedes darán testimonio" (Jn 15,18-27)**

Construir la paz y prolongar la obra de Cristo en un mundo que tiene su propia forma de construir la paz y odia, no es fácil. Por eso tenemos en este texto una advertencia: "Cuando el mundo los odie...", y una promesa: "El Espíritu dará testimonio".

El contexto parece claro y refleja una situación concreta en que los cristianos han sido expulsados de la sinagoga y comienza a sentir la impopularidad en el mundo que los rodea<sup>2</sup>. Pero el horizonte se puede ampliar para cualquier momento de la historia en que la fidelidad se haga a contracorriente. Pienso en la difícil fidelidad de tantos servidores del evangelio y de los pobres en América latina, en medio de una sociedad (¿Iglesia?) cristiana que, por decir lo menos, no los comprende. Y en esos momentos se nos invita a dos cosas. En primer lugar, a saber leer nuestra historia presente a la luz de Cristo: "Cuando el mundo los odie, tengan presente que primero me ha odiado a mí" (15,18). Estamos comprometidos en la misma causa de la verdad y de la vida que son signos de Dios y del Reino. El odio del mundo a Cristo se prolonga en el odio a los que son de su modo de proceder es perverso" (7,7), "tratan de matarme a mí, un hombre que les dice la verdad de Dios" (8,40). La verdad vivida, defendida y proclamada puede incomodar al mundo.

---

<sup>2</sup> La situación refleja un tiempo posterior al concilio de Jamnia (entre 80 y 90), en que el judaísmo se reorganiza después de la destrucción de Jerusalén el año 70. Este acontecimiento marca un giro decisivo en la relación del judaísmo con el cristianismo. La exclusión de los cristianos de la sinagoga como herejes implicaba también una cierta exclusión de la sociedad civil.



La segunda invitación es a mantener el testimonio, permanecer en la fidelidad por el Espíritu que permanece en nosotros. Permanencia que puede ser martirial, porque "les darán muerte pensando que ofrecen un culto a Dios" (16,2). El testimonio del Espíritu se manifiesta en la fidelidad valiente de los cristianos. Es la señal de que tienen un buen "abogado" en este proceso del mundo contra Cristo y los suyos. El Espíritu asegura la permanencia en la fidelidad al testimonio recibido. "Y el testimonio es que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo" (1 Jn 5,11). Por eso la mejor forma de dar testimonio del Espíritu que da vida es dar vida y construir la paz en medio de un mundo que mata, incluso en nombre de Dios. Los que eso hacen, dice Jesús, aunque piensen que dan culto a Dios, en realidad "no han conocido al Padre ni a mí" (16,3). Grave denuncia y triste realidad que ha sucedido más de una vez en la historia de los hombres y en la historia de la Iglesia.

Por eso la mejor forma de dar testimonio del Espíritu que da vida es dar vida y construir la paz en medio de un mundo que mata, incluso en nombre de Dios

Por eso sería conveniente recoger dos sugerencias que hace el Papa en la carta sobre el tercer milenio y que tienen relación con este texto. La primera es estar muy atentos a lo que hemos hecho en nombre de Dios o al margen de Dios en los dos milenios que nos han precedido, si no queremos repetir las equivocaciones del pasado. Dos ejemplos bastan, la inquisición y la esclavitud

de los negros, para darnos cuenta de cómo hemos podido empañar la imagen de Dios haciendo poco creíble nuestra fe (TMA 35): "Otro capítulo doloroso sobre el que los hijos de la Iglesia deben volver con ánimo abierto al arrepentimiento está constituido por la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio de la verdad"<sup>3</sup>. Nuestro comportamiento recibe de Jesús una dura crítica: "No han conocido a Dios", aunque nos llamemos cristianos. La verdad sobre Dios se juega en la verdad sobre el hombre, sobre todo en si damos vida o matamos al hombre que Dios ama. La fidelidad a la verdad sobre Dios nos coloca en el mundo contra toda violencia sobre el hombre. Y ahí también se juega nuestra fidelidad al Espíritu de Cristo y si conocemos al verdadero Dios.

---

<sup>3</sup> TMA 35, subrayado en el original.

La segunda sugerencia es escuchar al Espíritu a través de los verdaderos testigos y mártires de nuestro tiempo. Dice el Papa: "En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi «militi ignoti» de la gran causa de Dios" (TMA 37). Recordar a los mártires es reconocer la vitalidad del Espíritu y de la Iglesia que El anima y es recordarnos a todos nuestra vocación de testigos de la Verdad de Cristo en un mundo que vive de la mentira, la corrupción, el engaño y las víctimas que todo eso conlleva.

**d) "Establecerá la culpabilidad del mundo" (Jn 16,7-11)**

La presencia del Espíritu y de los mártires es molesta para el mundo porque ellos desenmascaran al mundo y su perversidad. Por eso este texto nos habla de la otra cara del testimonio, que no consiste sólo en estar a favor de la verdad. La verdad y el Espíritu nos dan lucidez crítica y valiente para estar contra la mentira del mundo, desenmascarando su aparente verdad "oficial". Todos somos expertos en camuflar nuestras mentiras y autoengaños en un mundo del que somos parte y en el que, para tener éxito, hace falta cuidar la apariencia o la imagen que dan poder o prestigio, no importa a qué precio. Un buen ejemplo de esa verdad "oficial" o mentira camuflada serían los informes sobre el excelente funcionamiento del sistema económico vigente, informe que no incluye los costos sociales. ¿Qué verdad se puede ocultar o jugar en los llamados "festivales de la salud" o de la vida y qué políticas poblacionales o económicas están detrás de ellos? ¿Cuál es la verdad de una reforma judicial? ¿No somos todos un poco insensibles ante la mentira de la propaganda en la televisión o en la información? Podemos incluso refugiarnos y protegernos en la "tentación de la ceguera"<sup>4</sup>, por aquello de que "ojos que no ven...". El Espíritu nos da luz y nos abre a la verdad que nos libera. El Espíritu y los testigos están unidos a Jesús en el mismo testimonio y el mismo proceso.

En este momento, antes de hablar del Espíritu, Jesús constata que "la tristeza ha llenado el corazón" (16,6). Tristeza no sólo por la ausencia física de Cristo, que se va al Padre, sino por la sensación de abandono, desamparo y silencio de Dios en una situación de persecución y expulsión de la sinagoga. En cierto modo se sienten ajenos al sistema religioso y social de la época. La pregunta es cómo experimentar la victoria de Cristo

---

<sup>4</sup> Cf. el artículo de Teresa Ruiz, «Defensor del enemigo. Vivir con Espíritu en situaciones de muerte», Sal Terrae, enero 1998, p.39.

en medio de un mundo que excluye y condena. Con la fuerza del Espíritu se le invita al cristiano a no entrar en el juego de la mentira del mundo, sino a desenmascarar su mentira y su derrota.

La verdad y el Espíritu nos dan lucidez y crítica y valiente para estar contra la mentira del mundo, desenmascarando su aparente verdad "oficial".

Es el Espíritu el que permite una mirada diferente sobre la realidad de este mundo, desde la solidaridad con todos los condenados por el mundo, pues en el proceso ya se ha dictado la sentencia y el príncipe del mundo ha sido vencido (16,11). Al venir, el Espíritu "establecerá la culpabilidad del mundo en materia de pecado, de justicia y de juicio" (16,8). El

pecado del mundo es no creer, rechazar y condenar a Cristo, pero el que gana el juicio es Cristo, rehabilitado por el Padre que lo resucita, y el juicio ya está decidido por la condena definitiva del dueño de este mundo, porque el mundo comienza a estar bajo el poder salvador de Cristo (12,32). Los cristianos no son de ese mundo de mentira que mata, sino del mundo nuevo que ya se hace presente por la victoria de Cristo y la fe de los cristianos, mantenida en la fidelidad por el apoyo del abogado y defensor que es el Espíritu. Todo el problema está en dejarse seducir por la "verdad" de este mundo, que es la mentira, o dejarse llevar por el Espíritu de la Verdad que nos mantiene en la fidelidad al evangelio. Una verdad y una fidelidad que está siempre sometida a prueba y que hay que renovar todos los días. La comunidad cristiana juzga al mundo por su permanencia en la verdad y en el Espíritu.

#### e) "Hacia la verdad plena" (*Jn 16,13-14*)

El texto distingue claramente entre el tiempo de Jesús y el tiempo del Espíritu y señala la continuidad entre ambos tiempos, porque el Espíritu recibirá de Jesús lo que tiene que comunicar (16,15). Por eso hay una especie de contradicción en el texto entre 15,15, cuando Jesús dice que "todo lo que oí del Padre se lo he comunicado", y 16,12.13: "Mucho me queda por decirles, pero cuando venga El, el Espíritu de la verdad, les irá guiando a la verdad plena". La contradicción desaparece porque no se trata de nuevas verdades. El Espíritu no guía hacia "las verdades", sino hacia la verdad plena que es Jesús, a la plenitud de la comprensión para la actualización. Y en la misma línea hay que entender la otra frase de que el Espíritu "comunicará lo que va a venir" (16,13). El Espíritu no predice acontecimientos futuros; sugiere actitudes frente a los acontecimientos porque es quien nos enseña ser fieles en

circunstancia nueva y de esta forma permite encarnar el evangelio en la vida de los hombres.

El Espíritu es también fuerza y nos capacita para romper el círculo de miedo que nos cierra sobre nosotros mismos y nos impide realizar la misión.

Por eso, el "guiar a la verdad plena", obra del Espíritu, no es un progresivo acopio de conocimientos, sino progresivo avance en la fidelidad que se renueva constantemente ante las nuevas situaciones históricas. El Espíritu nos enseña a armonizar novedad con fidelidad. Gran sabiduría del Espíritu que debemos hacer nuestra todos los que tendemos a encerrar al Espíritu, a

Dios y a nosotros mismos en fórmulas hechas del pasado. Y una tentación corriente a la que todos estamos expuestos es el creer que la verdad coincide con mi percepción de ella. Es una visión parcial, pero absolutizada y autosuficiente. Y entonces puede ocurrir lo peor, porque con esa visión absolutizada "somos capaces de justificarlo todo: negar el saludo, la agresión verbal, el consumismo, las diferencias Norte-Sur, el racismo, la deuda externa, el neoliberalismo, la venta de armas, el aislamiento social, etc."<sup>5</sup>. El Espíritu nos abre a la verdad total y permite una luz nueva sobre nuestra historia desde la comprensión más profunda del evangelio. Por eso se necesita el Espíritu como fuerza que anima y sostiene a la Iglesia en la búsqueda de la verdad, principio rejuvenecedor y dinamizador frente al que tenemos una responsabilidad eclesial. Si bien es verdad que la Iglesia, como jerarquía, es maestra de la verdad, no es menos cierto que la Iglesia, pueblo de la nueva alianza, es toda ella pueblo de discípulos del Espíritu, porque, como dice Juan, "ustedes el Santo les confirió una unción y todos tienen ya conocimiento... la unción con que El los ungió sigue con ustedes y no necesitan otros maestros" (1 Jn 2,20.27)<sup>6</sup>.

Este don fundamental a la Iglesia para darle vida no puede ser sustituido por ningún catecismo o sistema doctrinal acabado. Porque, por perfecto que pueda ser, es siempre letra muerta si le falta el dinamismo del Espíritu, como bien observaba santo Tomás ya hace siglos: "Por letra hemos de entender toda la ley exterior al hombre, incluso los preceptos de

<sup>5</sup> Teresa Ruiz, artículo citado p. 39-40.

<sup>6</sup> Cf. También Jn 6,45 en que Jesús cita el texto de Jeremías 31,33, subyacente a estos textos: "serán todos discípulos de Dios".

la moral evangélica. Por eso esta letra, incluso la del evangelio, mataría si no existiese la presencia interior de la gracia sanante de la fe", que es el Espíritu<sup>7</sup>. El conservadurismo rígido y fundamentalista puede ser una manera velada de resistencia al Espíritu que da vida. La lectura del acontecimiento de Cristo nunca está acabada, es siempre nueva porque el Espíritu exige actualización y conversión constantes para ser fieles a la misión. Por eso detener la tradición en un punto de su desarrollo histórico, como es Trento o el Vaticano II, y absolutizar ese momento, es "correr el peligro de no escuchar hoy al Espíritu"<sup>8</sup>. El Espíritu provoca a la Iglesia a renovar la fidelidad por caminos nuevos para que "el evangelio se conserve siempre vivo y entero" (DV 7). Como bien dijo el concilio Vaticano II en un texto poco conocido, la "tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas... La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios" (DV 8). Es lo mismo que expresó lúcidamente el papa Juan XXIII en el discurso inaugural del concilio Vaticano II. Según el Papa, el concilio "quiere transmitir la doctrina pura e íntegra", que es patrimonio común de todos los hombres. Pero para repetir la doctrina tal y como se ha sido formulada en el pasado no se necesita un concilio, porque "una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera cómo se expresa"<sup>9</sup>. Dejarse llevar por el Espíritu de la verdad es abrirse a la plenitud de la verdad que siempre está por venir y comienza reconociendo lo mucho que todavía hay en nuestras vidas de mentira, de falta de coherencia o fidelidad, para conformarnos mejor al estilo de Cristo y de su evangelio. Se trata siempre del Espíritu de Cristo, que nos hace cristianos porque nos conforma a Cristo.

### 3. "Reciban el Espíritu Santo" (Jn 20,22)

Las palabras sobre el Paráclito son promesa en la Cena, aunque en cierto modo ya realizada, pues el mismo Jesús dice que "permanece ya con

---

<sup>7</sup> Santo Tomás, Steol 1-2, 106, a 2c.

<sup>8</sup> José A. Pagola, "Fidelidad al Espíritu en tiempo de conflicto", *Cuadernos Aquí y Ahora* 29, Sal Terrae 1995, p. 21.

<sup>9</sup> Juan XXIII, Discurso inaugural del 11 de octubre de 1962, en *Concilio Vaticano II*, BAC 1966, p. 949.

ustedes" (14,17). La explicitación de ese don como realidad para los creyentes se encuentra en el evangelio de san Juan, en la escena que algunos llaman "el pentecostés joánico", cuando el resucitado se aparece a sus discípulos y les dice: "La paz sea con ustedes. Igual que el Padre me ha enviado a mí, los envío yo también a ustedes. Y dicho esto sopló y les dijo: reciban el Espíritu Santo" (Jn 20,21-23).

El don del Espíritu está claramente asociado a la misión; misión que procede del Padre y se prolonga en los seguidores de Cristo, porque Dios quiere realizar con sus hijos la misma misión que encomendó a su Hijo: dar la vida, crear la libertad y construir la paz en el mundo. En cierto modo podríamos decir que el envío del Paráclito sobre nosotros para la misión nos hace a todos "paráclitos", es decir, abogados, consoladores, protectores y defensores de los hijos de Dios en el mundo, y de los regalos de Dios a sus hijos, la verdad, la paz y la vida.

Pero el Espíritu es también fuerza y nos capacita para romper el círculo de miedo que nos cierra sobre nosotros mismos y nos impide realizar la misión. Es altamente significativo que este don del Espíritu lo entrega Jesús a una comunidad que, como dice el texto, estaba "con las puertas bien trancadas por miedo a los judíos" (Jn 20, 19). En la medida en que nos alcanza el soplo del Espíritu saldremos de nuestros miedos, intereses o privilegios para abrírnos al mundo y cumplir en él la misión que el Padre nos confía. Como a Jesús, también a nosotros nos unge la fuerza del Espíritu como profetas, con una palabra de liberación y buena noticia para el mundo. Toda la Iglesia puede hacer suyas las palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido". Permanecer tercamente en la buena noticia haciendo que sea "año de gracia" para todos es obra del Espíritu. Nuestra fidelidad al Espíritu posibilitará una "nueva primavera" (TMA 18) para la Iglesia y para el mundo.

